DE POR QUÉ LOS CABALLEROS ANDANTES SE VUELVEN TERRORISTAS REVOLUCIONARIOS

R. Díaz de Vivar

Lo llamaron a la Dirección. No sabía por qué. A pesar de que no era un estudiante modelo, tampoco era indisciplinado o irrespetuoso. Por eso le sorprendió la llamada a la oficina de la autoridad del plantel. Nunca se esperan cosas buenas de una situación así. Era lo mismo que acudir a un juicio medieval en donde la última, y la única, palabra la tenía el director. Por eso se encontraba nervioso. Mecía sus pies en una silla que era, en evidencia, demasiado grande para él. Veía a la secretaria del director hacer llamadas teléfonicas y teclear de vez en cuando alguna cosa en su computadora. De repente, ella le lanzaba una mirada de reojo, no de simpatía, sino de reprobación. Ella sabía, al igual que él, que encontrarse ahí no era ninguna situación de buen agüero. Entonces se abrió la puerta y apareció el director.

—¿Tú eres Enrique?

Él asintió con la cabeza. El director lo miró con curiosidad. Dirigió una mirada seria hacia la secretaria y dictó su orden:

—Que nadie nos interrumpa, Paty. No tardaremos mucho.

Con una señal de la mano le indicó a Enrique que debía entrar a la oficina. La más civilizada mazmorra de torturas para los adolescentes que cursan la secundaria.

Todo había comenzado tres meses antes. La Secretaría de Educación sacó una convocatoria en la que invitaba a los estudiantes del país a escribir textos en los cuales abordaran problemas que consideraran importantes para ellos. A sabiendas de que pocos, o ninguno, de los alumnos atenderían la invitación, el Director envió indicaciones para que todos los maestros de Español pidieran (o sea, obligaran) a los chicos a escribir algo al respecto. Hubo múltiples quejas, tanto de los docentes como de los estudiantes. Los primeros tendrían que añadir trabajo a la revisión de los cuestionarios del *Cantar del Mío Cid* o a las maquetas del caballo de Troya que habían dejado para ese mes; los segundos sabían que ese no era un trabajo que el maestro dejaba, por lo que intentaron convencerlo de no obligarlos a hacerlo. Esfuerzos vano. Al final, todos entregaron sus escritos que fueron enviados de manera directa a las oficinas de la coordinación regional para que se hiciera una selección previa antes de determinar quiénes representarían a la zona escolar en el certamen nacional. El Director cedió en no pedirles una revisión previa de los textos a los profesores. Que se hicieran bolas en las oficinas de la zona escolar.

Enrique se había divertido en la elaboración del trabajo. No era un chico atlético o

especialmente agraciado, por lo que sus intereses iban de cuestiones tales como los cómics, los videojuegos, pasar tiempo en internet mirando videos o leyendo libros que conseguía al acudir a un libro club que se había puesto en su barrio y que no tenía que ver gran cosa con la biblioteca polvosa y con estantes llenos de volúmenes homogéneos de su escuela. Aparte, a esa biblioteca nunca se podía entrar, en virtud de que su encargada, la Sra. Cuervo como le habían puesto los chicos, estaba al punto de la jubilación y rara vez se encontraba en su puesto. La biblioteca era, por tanto, un lugar igual de útil que la bodega de computadoras viejas que por algún extraño misterio no se podían tirar a la basura; o los baños que se habían clausurado para siempre porque una fuga que se reportó alguna vez no fue reparada nunca. Cubos de aire inútiles en medio de aquel bullicio de muchachos y profesores.

Enrique decidió que la ausencia de materiales de lectura entretenidos era algo que a él en particular le importaba. Cuando se enteró de que el maestro, su maestro, no iba a leer su trabajo, sintió mayor confianza en explayarse en sus quejas con respecto de los libros que revisaban en clase y que a él le parecían aburridísimos. Le comentó alguna vez eso a su madre y ésta le dijo que así había sido siempre. Que ella misma había estudiado con los mismos libros. No había de otra más que hacer de tripas corazón y dedicarle tiempo, esfuerzo y aburrimiento a una cuestión que redundaría en un aprendizaje eficaz en el futuro. La madre tampoco lo creía. Enrique se dio cuenta de eso, pero no dijo nada. Sorbió el resto de leche que quedaba en su tazón de cereal y subió a hacer lo que le restaba de tarea.

Así que cuando se puso a escribir el texto para el concurso se dejó llevar. De entrada se presentó y advirtió que era un lector de cosas que la escuela no aprobaba: desde *Spiderman* hasta la serie de *Harry Potter;* de los diarios de *Wimpy Kid* hasta los cómics de Alan Moore (con cierto orgullo afirmaba que algunos de éstos los había tenido que leer en inglés con mucho trabajo porque no se habían editado en español). Y después comenzó a explicar por qué casi todos los estudiantes odiaban leer: porque lo que les pedían era aburridísimo y, no en pocas ocasiones, incomprensible. Expuso con cierta pasión su idea de que, si los textos fueran más actuales y se les dejara escoger a los estudiantes, las actividades de lectura serían una cosa a la cual se llegaría con deseo y no con terror o pereza. Puso “pereza”, quiso escribir “hueva”, pero se arrepintió porque sabía que a las personas serias de las escuelas no les gustan ese tipo de palabras. Y eso le abrió otra veta de reflexión. La de hacer evidente que los personajes de los libros que leían no hablaban como la gente de la vida real. Nunca maldecían, nunca usaban palabras cercanas a la vida de los seres comunes y corrientes. En fin que, cuando se dio cuenta, había llenado varias hojas con sus quejas y reclamos. Así que concluyó con un deseo de que, en algún momento, alguien se detuviera a pensar que quizá, aunque fuera en una parte mínima, él tenía razón en algunas de las cosas

que expresaba. Y que, en consecuencia, diera su clase de manera distinta.

Entregó su texto y se olvidó al poco tiempo de que lo había hecho y de muchas cosas que había expresado ahí. Pero la reunión en la oficina del director era para eso. Un par de maestros y el director querían hablar con él sobre el texto que había escrito para el concurso. Había también alguien a quien nunca había visto en la escuela. Se sintió intimidado. Sobre todo cuando nadie le pidió que se sentara cuando todos los demás lo estaban. Él permaneció de pie. El desconocido se levantó.

—¿Tú escribiste esto? —le preguntó el que se presentó como el supervisor regional de la Secretaría.

Enrique asintió con la cabeza.

—Muy bien, vamos a platicar sobre esto —le dijo muentras cerraba la puerta tras de sí.

La reunión con Enrique generó una disputa entre los miembros del tribunal que debía decidir si su texto debía enviarse como el trabajo que representaría a toda la zona escolar. El supervisor así lo creía. Los otros dos profesores de Español, quienes le habían dado clases a Enrique, estaban en contra. El director mostraba una postura conciliadora y dudaba acerca de lo que debía hacerse.

—Es un texto con el cual, aunque no estemos de acuerdo, presenta puntos interesantes a discutir. A pesar de tener algunos errores formales, en general está bien escrito y la argumentación cumple con suficientes elementos polémicos dado el nivel de quien lo escribió —decía el supervisor.

—Eso es lo que me preocupa, Sr. Supervisor —contestó uno de los profesores—. Enrique nunca se ha caracterizado por ser un estudiante dedicado o talentoso. La materia la aprueba con calificaciones mediocres, ochos en su mayoría. Y nunca había expresado la pasión para defender ideas como las que incluye su trabajo.

—Es verdad —terció el otro profesor, quien actualmente le daba clases a Enrique—, es complicado pensar que el alumno sea capaz de escribir cosas como: “Cuando los profesores nos enfrentan a dilemas como el que tiene el Lazarillo de Tormes no podemos entender a ciencia cierta qué es lo que debe decidir, su mundo es completamente distinto al que habitamos nosotros. Es más fácil entender la razón por la cual Murdock, el héroe de *Daredevil,* decide dedicarse a combatir el crimen en Hell's Kitchen. En los dos casos se trata de decisiones éticas, pero en general sólo entendemos cabalmente la segunda porque es algo que, incluso, vemos todos los días”. Se nota de inmediato que hay una rebeldía en contra del docente y no una preocupación legítima. O sea, ¿debemos ponernos a leer revistuchas de monos para enseñar literatura? ¿A dónde vamos a parar?

— Aunque se puede dudar de la autoría del texto, no podemos pasar por alto que señala cuestiones interesantes. —Y el Director leía:— “A veces nos enseñan cosas en las cuales se habla de revoluciones, guerras y héroes. Al final nos remiten a preguntas que sólo tienen una sola respuesta y a una serie de nombres, fechas y acciones que debemos memorizar. Yo sé lo que es una revolución. Lo entendí cuando conocí a V, el héroe de *V de Venganza.* Con él aprendí las implicaciones que tiene seguir ciegamente a un gobierno corrupto y represor. Un gobierno que, además, controla los medios de comunicación y la organización entre las personas”.

—Es evidente que ese es un lenguaje que no corresponde al nivel de Enrique. Además es imposible que halla comprendido eso después de haber visto una película—. El profesor creía que Enrique había escrito eso después de haber visto la película, no sabía de la existencia de la novela de Alan Moore.

Y así continuaron discutiendo.

—Enrique, ¿puedes leer el fragmento señalado en el libro, por favor?

—*“E los que conmigo fuéredes de Dios ayades buen grado,*

e los que acá fincáredes quiérome ir vuestro pagado...

El profesor lo miró con cierta malicia, dado que Enrique dudó varias veces ante las palabras escritas en una lengua que tenía siglos, pero continuó hasta el final.

—Muy bien, ahora deberán contestar las siguientes preguntas y entregármelas en la próxima clase.

Días antes, Enrique supo que el comité escolar había decidido no elegir su trabajo para enviarlo al concurso. Al final, sólo el supervisor lo apoyó. Los demás decidieron que sería algo de dudosa calidad ética. Un engaño para el resto de los participantes. Decidieron enviar un escrito muy simpático de una estudiante que se quejaba del color de los uniformes que debían usar.

El profesor anotó la fecha en el pizarrón. 5 de noviembre. Enrique sonrió para sí mientras recitaba entre dientes: “*Remember remember the fifth of November/ Gunpowder, treason and plot./ I see no reason why gunpowder, treason/ Should ever be forgot”...*[1]

---

1 *“Recuerda, recuerda, el cinco de noviembre./ El complot y la traición recordarás./ Por ninguna razón el complot de la pólvora./ Debería olvidarse jamás”*. Adaptación de un discurso poético de Lancelot Andrewes citado por Alan Moore en su cómic *V for Vendetta.*